

El desarrollo social rural en México. Perspectivas desde la antropología y la historia

Martha Beatriz Cahuich Campos*

En este texto se compartirán algunas reflexiones que tanto la antropología como la historia han mostrado sobre la experiencia generada a raíz de esta “etapa modernizadora” en un afán por aportar algunos elementos que pueden servir a las presentes comisiones legislativas convocantes a este espacio. Cuando en este Foro nos preguntamos sobre cómo construir una política de desarrollo social que ayude a modernizar y transformar al mundo rural mexicano, que garantice la calidad de vida de sus habitantes, que gocen de una adecuada seguridad social, o bien cómo evitar que tengan hambre, debemos ser conscientes de que nos estamos colocando en el centro de la contradicción de la Modernidad.

Antecedentes

La inquietud central que desde mi perspectiva se presenta en este Quinto Foro para la Transformación y Modernización del Campo, denominado “La política de desarrollo social rural. Indígenas, jóvenes, mujeres, adultos mayores y discapacitados”, puede ser formulada con una pregunta: ¿cómo construir una política de desarrollo social rural que modernice y transforme al campo mexicano, garantizando la calidad de vida y la dignidad de los habitantes de las áreas rurales?

Debo señalar que ignoro la respuesta a dicha pregunta, pues tengo

serias reservas sobre continuar con el proceso histórico *modernizador* que se ha realizado en México, pero como este no es el punto de discusión, compartiré algunas reflexiones que tanto la antropología como la historia han mostrado sobre la experiencia generada a raíz de esta “etapa modernizadora” en un afán por aportar algunos elementos que pueden servir a las presentes comisiones legislativas convocantes a este espacio.

¿Qué significa la palabra *modernización*? Según el Diccionario de la Real Academia Española, este término señala la “adopción de rasgos modernos o de aspecto moderno”. Por su parte, lo *moderno* alude a “lo reciente, nuevo, que existe desde hace poco”. Mientras que la *modernidad* es la cualidad de lo moderno, pero también hace referencia a “la Edad Moderna”,

como un periodo comprendido entre el Medioevo y la Edad Contemporánea (s. XV al XVIII)¹. Así pues, estos términos sugieren la existencia de algo novedoso y reciente, pero también aluden a un proceso en la historia de la humanidad.

De acuerdo con el historiador Enrique Dussel, en su sentido más aceptado, la Modernidad fue una propuesta ideológica surgida en Europa en el siglo XVIII como resultado de las políticas e ideas filosóficas de la Reforma, la Ilustración y la Revolución Francesa², que representaba una

¹ “Wordreference” [en línea]: <<http://www.wordreference.com/definicion/modernizaci%C3%B3n>>.

² Todo esto como consecuencia de fenómenos intra-europeos llevados a cabo en Italia (siglo XV), Alemania (siglos XVI a XVIII), Francia (siglo XVII) e Inglaterra (siglo XVII).

* Profesora-Investigadora en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

“emancipación” de la humanidad, una salida de la “inmadurez” por un esfuerzo de la razón como proceso crítico, que abría la posibilidad de un nuevo desarrollo y que prometía bienestar y dignidad a todos los seres humanos (Dussel, 2000). Dussel sostiene, sin embargo, que este proceso se inició antes con el descubrimiento europeo de América en 1492, ya que a partir de entonces ha existido “una sola” Historia mundial, abriendo una etapa de mercantilismo planetario³. Por otra parte, una segunda etapa de la Modernidad se dio en la Revolución Industrial del siglo XVIII y de la Ilustración. El autor señala que este paradigma impactó la vida cotidiana de muchos pueblos y su comprensión acerca de la historia, la ciencia y la religión (Dussel, 2000: 45-47). Lo anterior se convirtió en bandera ideológica de varios grupos de élite de distintas naciones, en especial las latinoamericanas, y que llega hasta la actualidad.

Este autor advierte que la noción de Modernidad tiene en torno a ella un *mito*, que posee una parte racional y otra irracional. La racional justifica la presencia de este proceso histórico por representar un avance de la humanidad en su conjunto, pero que se justifica a sí misma a través de una praxis de violencia. En otras palabras, la civilización moderna eurocéntrica y norteamericana se autocomprende como más desarrollada y superior. Dicha supremacía obliga como exigencia moral a conducir a los “más primitivos” o “bárbaros” por el proceso educativo y material del progreso de las naciones civilizadas. Cuando el bárbaro se opone a lo anterior, la praxis moderna debe ejercer en último caso la violencia, produciéndose así víctimas como “acto inevitable”, en el cual el bárbaro mismo es culpable por obstruir el proceso civilizador. Así, la Modernidad es inocente de la violencia sacrificadora que impone: el carácter civilizatorio interpreta como inevitables los sufrimientos y el sacrificio de los otros pueblos o sectores atrasados. Esta es su parte irracional (Dussel, 2000: 48-49).

Más de quinientos años después de los inicios de este proceso histórico, el día de hoy y en este Foro seguimos preguntándonos sobre un término y un fenómeno social que ya no tienen nada de “novedosos o recientes”. La Modernidad en realidad es antigua; llevamos siglos viviéndola

³ En otras palabras, la primera nación moderna fue España, que hizo una expansión territorial que provocó un mercantilismo mundial y fue así que la Europa Latina determinó en un primer momento a la Modernidad. El siglo XVII y sus ideas son efecto y no punto de partida de la Modernidad. En la segunda etapa de la Modernidad, Inglaterra reemplazó a España como potencia hegemónica hasta 1945.

en una experiencia humana global, por lo que tenemos mucho qué decir.

Cuando en este Foro nos preguntamos sobre cómo construir una política de desarrollo social que ayude a modernizar y transformar al mundo rural mexicano, que garantice la calidad de vida de sus habitantes, que gocen de una adecuada seguridad social, o bien cómo evitar que tengan hambre, debemos ser conscientes de que nos estamos colocando en el centro de la contradicción de la Modernidad, en medio de su parte racional e irracional, al intentar transformar sin ejercer violencia sobre los “bárbaros” que señala Dussel: indígenas, jóvenes, mujeres, adultos mayores o discapacitados. Es decir, modernizar sin víctimas o con víctimas que “no sufran demasiado”, o que sólo “sufran tantito” y su dolor se encuentre en “límites tolerables” para la moral social.

Para evitar lo anterior, Dussel señala que es necesario negar el mito civilizatorio y la “inocencia” intrínseca de la violencia de la Modernidad. Sólo se supera *la razón emancipadora como razón liberadora* cuando éticamente se descubre y respeta la dignidad del *Otro* (de la *otra* cultura, del *otro* sexo, de la *otra* nación); cuando se declara inocente a las víctimas desde la afirmación de su alteridad, como personas que han sido negadas por la Modernidad, no a través de un proyecto premoderno (como afirmación folklórica del pasado), ni un proyecto anti-moderno (a la manera de grupos de derecha o fascistas) y menos un proyecto post-moderno (en el sentido nihilista), sino como un proyecto tras-moderno (Dussel, 2000: 48-52). Así pues, esta sería la primera aseveración que desde mi punto de vista debe llevar el espíritu de esta política que se discute en este Quinto Foro: no se puede justificar y legitimar una modernización rural que genere víctimas.

Problemática: la experiencia de la Modernidad en el mundo rural en México

Si atendemos a la tesis de Dussel, el proceso modernizador en México comenzó con la Conquista española en el siglo XVI, aunque el esfuerzo más importante para transformar el mundo rural proviene del último tercio del XIX. ¿Cómo ha sido la experiencia histórica generada a este respecto?

Estudios hechos por historiadores muestran cómo el mito de la Modernidad se ha aplicado en nuestro país con sus dos rostros: racional e irracional. La parte racional ha prometido un progreso material y un bienestar social

basado en el avance científico y tecnológico para todos los miembros de la Nación, pero la irracional ha considerado al área rural de nuestro país como un “problema” que se ha opuesto a lo anterior. La esencia de dicho problema no tiene que ver con los límites ecológicos, la falta de insumos o avances científicos y tecnológicos para mejorar e incrementar una producción económica, sino con la población histórica que lo ha habitado, principalmente los indígenas, pues se ha partido del supuesto de que su organización y estructura cultural han entorpecido la transformación rural necesaria para estar a la altura de las principales potencias del mundo. En otras palabras, una porción importante de los mexicanos han sido el “enemigo a vencer” (Aboites, 2002). Es a partir de esta premisa que podemos observar varios errores históricos generados por el proceso modernizador del área rural en México que impidieron un desarrollo equilibrado y que condujeron hacia problemas sociales, económicos y ecológicos y a la decadencia productiva. A continuación señalaré dichos errores y daré algunos ejemplos históricos al respecto.

El primer error ha sido el desfase que el proceso modernizador ha provocado entre la esfera política y la esfera social, ya que la primera permitió un enriquecimiento extremo de una minoría a través de un despojo masivo de tierra a la población históricamente productora del área rural (Guerra, 2002). Lo anterior llegó al grado de permitir, por ejemplo en el Porfiriato, que sólo 840 personas fueran dueñas de las tierras cultivables del país, mientras que 80% de los mexicanos de ese entonces sobrevivían vendiendo su fuerza de trabajo en condiciones de pobreza (Aboites, 2002: 122). La derrama económica por parte de los latifundistas, para el resto de la población, ha sido históricamente insuficiente en México para garantizar una vida digna.

El segundo error ha sido anteponer la lógica del discurso modernizador europeo (basado en el progreso individual) a la sociedad mexicana (que ha tenido una estructura históricamente corporativa en el área rural y en el mundo indígena) (Guerra, 2002: 296). Es decir, se ha impuesto otra visión cultural sobre la producción, aplastando formas de organización, saberes y prácticas que privilegiaban el autoconsumo colectivo local y regional más que el enriquecimiento personal.

Un tercer desacuerdo ha sido no construir estructuras de comunicación efectivas entre gobernantes y gobernados, que permitieran escuchar, atender, negociar y solucionar demandas y agravios. Esto ha provocado en la historia contemporánea mexicana que en momentos el pueblo

haya puesto en duda la legitimidad del gobierno, bajo la percepción de que este último no tiene derecho a ejercer la autoridad. Prueba del alcance que pueden tener estos tres errores fue la Revolución Mexicana, el movimiento armado más violento y dramático de la historia reciente de nuestro país. Este estallido social resume los tres primeros errores señalados y debe recordarnos siempre que una modernización irracional e inhumana es altamente peligrosa por las graves consecuencias sociales que de ella se pueden derivar (Guerra, 2002: 294-296).

El cuarto error ha sido privilegiar a la producción extensiva, enfocada al comercio internacional, sin cubrir las necesidades vitales de la población nacional de manera adecuada, especialmente de quienes habitan el área rural, ya que se corre el riesgo de que, ante una debacle de la economía mundial, se desplome el comercio exterior de este tipo de productos y se tenga que importar productos para sostener a la población. Si bien en la actualidad el mundo está tan globalizado y una crisis internacional afecta a todas las esferas, una política de autosuficiencia disminuiría la posibilidad de una crisis alimentaria o de salud. Un ejemplo contrario ocurrió durante el *crack* de 1929, época en la que si bien los precios de varios productos de exportación se desplomaron, los pobladores rurales (alejados del comercio internacional) no resintieron la catástrofe económica, a pesar del desempleo que hubo en zonas urbanas (Aboites, 2002: 126).

Un quinto error histórico ha sido invertir menos en el área rural, sobre todo en las actividades agrícolas, privilegiando el desarrollo industrial. Es conocido que el periodo comprendido entre 1935 y 1965 fue el más próspero de la producción rural del siglo XX en nuestro país: se amplió la superficie de la tierra cultivada y hubo un aumento en el rendimiento productivo. Esto facilitó que se incrementara la población asentada en el área rural con gente dedicada a actividades agrarias. La disminución, en esta época, de grandes propiedades latifundistas propició un uso más intensivo de recursos, se invirtió más en irrigación y 20% del gasto público se dedicó al campo. Es el periodo de la Revolución Verde. Este fue el momento de la autosuficiencia alimentaria, con la capacidad incluso de exportación. Se pueden discutir muchos elementos inadecuados de esta etapa (como el uso de herbicidas, contaminantes, deforestación por introducción de ganado, que la tecnología no estuvo al alcance de la mayoría de los productores o una excesiva intervención gubernamental en el control de precios o la comercialización) (Aboites, 2002: 129-132), sin

embargo ha sido la mejor época del mundo rural en los últimos 114 años.

Esto último nos conduce al sexto error, que ha consistido en una intervención gubernamental desequilibrada en el área rural. Aquí podemos ver dos vertientes, aparentemente contrarias. Una de ellas, ocurrida desde los años ochenta del siglo pasado y hasta la actualidad, representada por el retiro político y administrativo gubernamental y el impulso de la apertura comercial. Desde entonces y hasta la fecha se ha vivido la peor etapa productiva del medio rural⁴. Un ejemplo de lo riesgoso que es el retiro gubernamental de la definición de políticas, vigilancia y responsabilidad que tiene sobre el mundo rural fue lo ocurrido en 1994 con la entrada de México al GATT, y posteriormente al TLC, que permitió la competencia extranjera en el mundo rural, el fin definitivo del reparto agrario y la eliminación de los subsidios. Esto provocó que el mercado nacional se inundara de productos extranjeros, y que México, por el contrario, sólo pudiera competir a nivel internacional con pocos productos. Los cambios tecnológicos de ese entonces fueron inalcanzables para la mayoría de la población rural. Se vino abajo la posibilidad de una autosuficiencia alimentaria, y lo que sí se ha logrado de entonces a la fecha es una dependencia absoluta del mercado internacional para abastecer al país, gastándose millones de dólares en esto. Debemos añadir a los problemas de una incidencia gubernamental negativa el haber permitido la corrupción de estructuras corporativas rurales, basada en compra de líderes, cacicazgos, control de intermediarios, abusos en la comercialización, desalojos de comunidades enteras por obras federales, etcétera (Aboites, 2002).

Como consecuencia de no invertir en la producción rural y no contrarrestar el deterioro ambiental, la población económicamente activa de estos lugares prefirió emigrar hacia el resto del país y sobre todo hacia Estados Unidos, donde se convirtió en mano de obra barata. Hemos tenido, al final del siglo XX, comunidades rurales integradas por ancianos, mujeres y niños.

Quienes han permanecido en el medio rural han diversificado sus actividades económicas, con una tendencia

⁴ El mundo rural aportó en 1995 únicamente 4.5% de la economía nacional, muy distante a la contribución de 22% que llevó a cabo en 1921 después del periodo revolucionario, añadiendo que en este último año dichas actividades dieron sustento a la mayor parte de la población del país de ese entonces (Aboites, 2002: 139-140).

a abandonar aquellas prácticas vinculadas a la tierra y al trabajo corporativo o familiar. En general, se prefiere que niños y jóvenes estudien y se dediquen a algo distinto que a la producción primaria. La introducción de la electricidad y de medios masivos de comunicación han contribuido a lo anterior. Hay en la actualidad una pequeña industrialización rural, con la aparición de talleres domésticos de textiles, muebles y alimentos; sin embargo, esto no ha sido suficiente: en los últimos 30 años, el mundo rural se ha sostenido con las remesas de los migrantes de Estados Unidos y con el narcotráfico (Aboites, 2002: 137).

La segunda vertiente tiene que ver con la intervención gubernamental directa en la organización política y económica en el desarrollo rural, que ha sido ampliamente criticada porque llegó a provocar un desequilibrio al favorecer a la propiedad privada, a la minoría de productores que cuenta con tecnología más moderna o al gran inversionista. Sin embargo, las etapas de mayor producción rural en la historia contemporánea de México, como ya se dijo, han sido con participación estatal, sobre todo cuando ésta se asocia con el reparto de tierra, con el control de las actividades de los grandes latifundistas, con la construcción de obras de irrigación, con la inversión de gasto público, con la intervención en la comercialización y el control de precios. A lo anterior debemos añadir el impulso de políticas de producción de granos básicos, el otorgamiento de créditos, la introducción de mejoras tecnológicas y de programas enfocados a elevar el nivel nutricional de la población rural (Aboites, 2002: 128-133 y 135-136).

El séptimo error ha sido educar mal o permitir que se educara mal a los mexicanos al hacerles creer que lo mejor es el consumo de productos industrializados. Esto ha sido especialmente grave en el caso de alimentos y medicinas. La facilidad con que han penetrado estos insumos aún en poblaciones de difícil acceso ha llevado al abandono de prácticas y hábitos de alimentación y cuidado de la salud que sólo han hecho dependiente a la población de estos productos y todo lo que conlleva (publicidad, comercio, especialistas, etcétera), y al desprecio y olvido de las estrategias culturales que por siglos o milenios se han desarrollado al respecto, y que llevan a un alto grado de autosuficiencia y autogestión. Lo peor de todo es que esta situación ha tenido consecuencias graves en la salud.

El octavo error ha sido que el Estado permita la presencia de aparatos ideológicos que maleducan a la población rural y la manipulan, y que se han convertido en actores

poderosísimos en nuestra sociedad que permiten imponer la ideología individualista de la Modernidad y justificar la inequidad social o la explican de manera falsa.

Las consecuencias de estos ocho errores históricos que hemos presenciado los antropólogos en las vidas de personas de “carne y hueso”, actores y protagonistas del mundo rural, han sido desoladoras. Hace casi veinte años, en mi primer acercamiento al mundo de la sociedad civil organizada, entré en contacto con la red Frente Nacional por el Derecho a la Alimentación. Eran los años noventa y acabábamos de transitar como Nación por la llamada “década perdida” de los ochenta; entrábamos de lleno al mundo neoliberal con la expectativa de convertirnos pronto en un “país desarrollado”⁵.

Dos décadas después me encuentro aquí con ustedes, en este espacio donde una de las temáticas a debatir es el programa gubernamental “Cruzada contra el Hambre”. ¿Qué ha ocurrido en este tiempo para transitar de una demanda por el “derecho a la alimentación” a una propuesta política para combatir el “hambre”? El deterioro creciente y extremo de nuestra población. La evasión gubernamental sobre diversos efectos que ha tenido la modernización en el desarrollo social de la población nacional ha dejado abierta a libre competencia en esta área que, sin regulación, ha traído consecuencias sumamente graves para la población: en su salud, en sus posibilidades de empleo, en su integridad física, en sus anhelos y ambiciones, en su futuro.

Como antropólogos, tanto mis colegas como nuestros estudiantes hemos atestiguado lo que sucede en las

⁵ En esta parte de la ponencia me basaré en mi experiencia dentro del trabajo académico que he realizado como antropóloga e historiadora. En este sentido, me remitiré a las investigaciones que he realizado dentro de mi labor profesional en el área de la salud, como profesora-investigadora de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, con los proyectos “Estrategias de supervivencia en población marginal: sus consecuencias en la nutrición” (como investigadora responsable), ENAH, 1994-2002. “Salud ocupacional en trabajadores de PEMEX”, ENAH-PEMEX, 2000-2001. Proyecto que estuvo a cargo de la Dra. Eyra Elizabeth Cárdenas Barahona. “Salud en manos del pueblo. El proceso histórico del Movimiento Social de la Salud Popular en México” (como investigadora responsable), ENAH, 2003-2005. “Salud Popular” (un estudio sobre la participación social en salud) (como investigadora responsable). Proyecto de Investigación Formativa de la ENAH adscrito a la Licenciatura en Etnohistoria, 2005-2010. “El patrimonio cultural de Campeche desde la mirada de la familia” (como investigadora responsable, en conjunto con el Mtro. Juan Francisco Escobedo Martínez y la Dra. Laura Huicochea Gómez), ENAH, 2011 a la fecha. “Patrimonio cultural y familia: salud y educación (desde finales del siglo XIX hasta la actualidad)” (como investigadora responsable). “Proyecto de Investigación Formativa de la ENAH adscrito a la Licenciatura en Etnohistoria”, 2011-2014.

comunidades rurales cuando llega la luz eléctrica. Además de una serie de beneficios, se introducen los medios de comunicación, que alteran en cuestión de semanas hábitos alimentarios, de actividad física, de socialización y de producción.

Es espectacular la manera en que los productos industrializados, especialmente las golosinas y los refrescos, sustituyen a los platillos producidos con alimentos no procesados. El sobrepeso y la obesidad comienzan a manifestarse en cuestión de meses. Las caries dentales afloran de una manera muy rápida. Los niños dejan de jugar en la calle por ver la televisión: se acaba así su actividad física. Las mujeres tienen todo el día prendido estos aparatos, restringiendo formas de convivencia e intercambio colectiva. Se introducen normas y valores ajenos que cuestionan a los comunitarios, y los espacios vitales y domésticos se transforman (Cahuich Campos, 2006).

Como especialistas sociales, hemos atestiguado cómo se ha desarrollado una política de destrucción del aparato estatal de salud, que alguna vez pretendió ofrecer una cobertura estatal, a favor de grandes emporios privados. Los programas públicos que los sustituyen no son mejores en eficiencia y pretenden cubrir lo mínimo indispensable para que no se desaten epidemias contagiosas que dañen rápidamente a la población (como los planes de vacunación), pero que han dejado de lado todo esfuerzo preventivo o de participación social en salud.

Ante el espectacular crecimiento demográfico que se dio en el siglo XX y las consecuencias que se prevén a futuro, con una enorme cantidad de población que envejecerá, con enfermedades crónico-degenerativas costosas a tratar, ante una epidemia de obesidad que dispara, entre otras cosas a la diabetes, junto con la presencia de la desnutrición histórica, los responsables de las políticas públicas se han hecho a un lado y han dejado estos desafíos a las familias y a los individuos.

Todos los pueblos de la historia han dado una respuesta continua a sus necesidades vitales y han desarrollado una experiencia sociocultural. Esto ha generado un cierto paquete de conocimiento, organización social, sistemas de creencias y ordenamiento de conductas que ha ayudado a la humanidad a sobrevivir en distintos lugares y épocas. Cada cultura ha proporcionado su experiencia histórica a sus miembros, con aciertos y desaciertos. En ese sentido, hay una cierta sabiduría del pueblo en sí mismo, y también en el conjunto de gente especializada, que en su interior

ha conocido técnicas y saberes que ayudan a lo anterior (Illich, 1978).

Se ha impuesto un modelo civilizador que ha expropiado, cuestionado, despreciado, atacado, prohibido o destruido estos saberes y prácticas histórico-culturales que a lo largo de los siglos han permitido a nuestra población su reproducción biológica y social. En su lugar se han impuesto conocimientos y praxis basadas en el individualismo, la eficacia pragmática, el servicio como mercancía, la relación asimétrica entre quien ofrece una solución y quien sufre el dolor social, una participación subordinada y pasiva de los “consumidores” de estas acciones, todo esto justificado por un aparato legislativo, profesionalización formalizada, eficacia basada en la “racionalidad científica” y control de la conducta de la población. El punto más deplorable de esta situación es que la inequidad resultante ha sido justificada por la irresponsabilidad, indiferencia e ignorancia de las propias víctimas de este sistema, que consiste por lo general de la población rural y en particular de las mujeres, los niños, los ancianos, los analfabetas y los discapacitados que viven en este espacio⁶.

Uno de los aspectos que ha generado más sufrimiento ha sido la lesión sistemática que se ha ejercido en contra de las necesidades vitales de la población, especialmente aquellas que atañen a los aspectos básicos de la economía social y de la dignidad humana. Carencias que llevan a enfermedad, sufrimiento y muerte; imposibilidad de tener casa y vestido o medios para producir o adquirir sus propios alimentos; frustración ante el hecho de ser ignorado y ninguneado por parte de quienes deberían representar a la población o impartir justicia, y no poder actuar sobre problemas que pueden ser prevenibles.

La violencia ejercida hacia el mundo rural por la parte irracional de la Modernidad ha provocado en varios momentos de la historia contemporánea distintas reacciones, desde la resistencia hasta respuestas violentas. No profundizaré en las reacciones de resistencia por no tener espacio

⁶ Me he basado en los rasgos del Modelo Médico Hegemónico que propone Eduardo Menéndez como un ejemplo palpable de una de las instituciones emergidas de la Modernidad. Menéndez, Eduardo L. (1992): “Modelo hegemónico, Modelo Alternativo subordinado, Modelo de autoatención. Caracteres estructurales”, Roberto Campos (compilador), *La antropología médica en México*, México, UAM, Instituto Mora, pp. 97-113.

para ello. En cambio, nombraré aquellas respuestas sociales que pueden ser mejor empleadas en una política que busque el desarrollo social rural.

Algo positivo que ha dejado la gran marginación y exclusión que ha caracterizado al paradigma de la Modernidad es que se ha aplicado de manera desigual en el mundo rural, lo que ha permitido la sobrevivencia aún de los saberes, prácticas y estructuras sociales que posibilitan actividades productivas autogestivas, así como de cuidado de la salud y la alimentación en algunos sectores de la población. En general, estos elementos son menos agresivos con la naturaleza y no está basado en una producción intensiva ni industrial a gran escala.

Esto es algo de suma importancia porque cuando las personas quedan con alto grado de marginalidad social recurren a ella, lo que les permite la sobrevivencia. Como ejemplo concreto mencionaré el caso del cuidado de la salud. En los estudios que he realizado he podido observar que nuestra población no rechaza ni cuestiona la medicina institucional, pero esta última ha sido tan inaccesible que nuestro pueblo ha continuado recurriendo al saber popular de cuidado de la salud y a los especialistas comunitarios tradicionales, lo que ha permitido su subsistencia. Esto se extiende al caso de las medicinas de patente, que por sus altos costos y lo riesgoso de su manejo han provocado que las personas sigan empleando la herbolaria u otros sistemas curativos tradicionales.

Cuando estas prácticas se sistematizan y son apoyadas por especialistas profesionales, y se logra difundir y pueden ser aplicadas por cualquier sector de la población (aun de personas analfabetas) pueden ayudar a la prevención, cuidado y curación de por lo menos varios padecimientos infecciosos comunes (asociados con las malas condiciones de vida, sobre todo problemas respiratorios y gastrointestinales), y se pueden evitar complicaciones que pongan en riesgo la vida de una persona. Esta ha sido la experiencia histórica que han tenido distintas organizaciones de la sociedad civil, de diócesis católicas solidarias (inspiradas en la Teología de la Liberación) y varios movimientos nacionales como Salud en Manos del Pueblo, el Movimiento Nacional de la Salud Popular y el Movimiento Nacional de Microdosis (Cahuich, 2008).

Esta respuesta social recurre a elementos conocidos, baratos y accesibles que pueden hacer una gran diferencia en la salud de la población, y que es un proceso muy poco conocido pero que en nuestro país lleva 40 años de

experiencia. No es necesario inventar nada nuevo sino sistematizar y apoyar estas experiencias.

En un estudio que en la actualidad estamos realizando en la ENAH, hemos podido observar cómo en el lapso de cinco generaciones se han perdido saberes históricos familiares sobre la práctica de la pesca ribereña en la Ciudad de Campeche. Desde los años cincuenta se han incorporado implementos tecnológicos más modernos y la ciudad ha crecido y se ha urbanizado, pero se ha producido un desastre ecológico tal, que esta actividad debe realizarse en la actualidad a una gran distancia de la costa, ya que no es posible obtener las especies históricas que se conseguían en la ribera de la región. Esta dificultad favorece la corrupción y las actividades ilegales. Así la modernización, sesenta años después, no ha provocado una mayor producción ni el bienestar prometido en esta ciudad, si bien durante este proceso se han enriquecido algunos negocios familiares (Cahuich, 2013)⁷.

Por otra parte, los estudios antropológicos que se han hecho sobre el fenómeno de la inequidad permiten ver que la victimización de ciertos sectores de la sociedad no es vista con indiferencia por parte de otros, aun cuando estos últimos no sean directamente perjudicados. Hay un rechazo y condena moral cuando esto ocurre. De esta manera, la irracionalidad de la Modernidad es algo que produce dolor social que conmueve y mueve no sólo a las víctimas, sino a gran cantidad de personas, y puede motivarlas a tratar de transformar esta situación. Lo anterior se puede dar desde el plano individual hasta el colectivo o institucional, sobre todo en sectores que manejan idearios y discursos filantrópicos o religiosos. Podemos mencionar dentro de todo esto, desde vecinos (que se organizan por ejemplo para abrir un asilo de ancianos) hasta universidades, iglesias, asociaciones civiles, instituciones de asistencia privada, organismos gubernamentales de otros países, entre otros.

Hay una enorme cantidad de grupos ciudadanos que existen en nuestro país y que tratan de incidir en la salud pública y de los cuales no existe registro y son ampliamente desconocidos, aún entre ellos mismos. Esto lo atestigüé cuando en 2004 tuve la oportunidad de colaborar con un

⁷ Véase también Cahuich Campos, Martha Beatriz y Juan Francisco Escobedo Martínez (2013). "Vulnerabilidad y salvaguarda del patrimonio biocultural: algunos elementos históricos". 9° Congreso Internacional de Mayistas, San Francisco de Campeche, Campeche, 29 de junio de 2013.

grupo de investigadores y representantes de la sociedad civil que fue organizado por el Indesol. Uno de los elementos que caracteriza a este fenómeno es su heterogeneidad en cuanto a su número, composición y características. Son colectivos compuestos por personas de muy diversa extracción social, con distintos niveles educativos e ideas heterogéneas sobre qué hacer en esta problemática. Por supuesto las experiencias generadas son de muy diversa índole, pero no dejan de ser acciones desarticuladas que inciden de una manera muy desigual (Cahuich, 1-11 y 333-372).

Sin embargo pueden obtenerse muchas enseñanzas de estas experiencias. Tanto las personas que han sufrido inequidad social como aquéllas que no han sido directamente afectadas pero que están en desacuerdo con esta situación buscan construir opciones con sentido. Es decir, los cambios sociales más transformadores y permanentes son aquellos que parten de una preocupación o agravio del pueblo pobre y de un interés de este mismo por cambiar esta realidad, sobre todo cuando se construye un proceso participativo, autogestivo y no vertical. Cuando el control de lo vital está en manos de la gente, y mucho menos cuando los programas o acciones son impuestos por agentes externos, que no comprenden la problemática concreta que hay en cada caso y que no tienen el interés o la sensibilidad de la visión y la cultura de la población, y terminan siendo acciones paternalistas, puntuales y que se extinguen fácilmente cuando el agente benefactor se va. Además mal acostumbran a la población sólo a recibir, sin realizar de su parte alguna acción. Finalmente, estas acciones son presa fácil para la manipulación política, religiosa, de medios de comunicación, electoral, etcétera.

Las propuestas

No puedo ofrecer soluciones ante una problemática tan compleja como la que presenta el mundo rural, menos aún ante la conciencia de la realidad actual, en donde hay una gran debilidad gubernamental, pues son otras fuerzas las que gobiernan parte de nuestro país, como es el caso de la delincuencia organizada.

Sin embargo, como mencioné en la primera parte de esta intervención, el primer elemento que deben tener en la mente aquellos que elaboran las directrices de una política social es renunciar a la trampa del discurso modernizador: la política que ustedes vayan a generar no debe aceptar la

inevitabilidad de la existencia de víctimas sociales en aras de un “bienestar general”. Esta tesis ha sido históricamente generada por élites de poder para justificar ante sí y ante los otros el pecado social que cometen cada vez que se apropian de manera injustificada e ilegal de los bienes y medios de vida colectivos. Un sistema político que se respeta no puede producir víctimas ni debe culparlas del sufrimiento que les inflige. Las leyes o disposiciones que deriven del día de hoy deben proponerse realizar una transformación social rural trans-moderna en la que una de las principales aseveraciones del discurso sea el aprovechamiento de los avances racionales y científicos aplicados de la manera más apropiada para beneficio de todos, sin dañar nuestras vidas y al planeta, pero respetando la historia y la cultura de cada sector de nuestra sociedad. Si esto no es posible, es mejor no “modernizar”.

La política que ustedes, señores diputados, elaboren, debe ser general para ser aplicada a nivel nacional, pero lo suficientemente flexible para poder ayudar a resolver problemáticas tan diversas y particulares como las que tiene nuestro país, no sólo por los rasgos de cada región, sino por la amplia gama cultural de los mexicanos. No hay una solución única: hay líneas generales básicas a marcar, pero el proceso para desarrollar socialmente al mundo rural requerirá de mucho tiempo, décadas incluso por lo dañado que se encuentra, y será necesariamente un proceso de ensayo y error.

Sobre este último aspecto, el mundo académico tiene mucho que decir. Hay una amplia producción en ciencias sociales en nuestro país que ofrece un panorama puntual, regional y nacional sobre la problemática del mundo rural.

El proceso modernizador no tiene por qué sacrificar o destruir el conocimiento cultural de la gente. Por el contrario, se debe entrar en diálogo con él a un nivel horizontal con aquellos otros saberes y prácticas generados a través de las vías científicas o tecnológicas que se llevan a cabo en nuestro país y en otras partes del mundo. Hemos aprendido que el mejor desarrollo no es necesariamente el que ha funcionado en los países del Primer Mundo, y es falso que sea la meta a alcanzar. Pero es importante resaltar que el saber histórico cultural de los mexicanos no debe ni puede privatizarse, ya que no pertenece a ninguna empresa o a algún individuo rico y poderoso. Es patrimonio cultural del pueblo que lo ha generado, y puede extenderse a ser Patrimonio Cultural de la Humanidad, lo mismo para los insumos que emplea,

la mayoría provenientes de la naturaleza, como son las plantas medicinales. Este es un aspecto importantísimo que debe contemplar esta política social.

La política transformadora que se piensa implementar no debe estar diseñada para cubrir únicamente la calidad de vida de la población, pensando que ésta consiste en lo mínimo indispensable para subsistir (Escobar citado por Cisneros *et al.* 2000. Véase Cahuich Campos 2012). En este sentido, el mecanismo que favorece que una política pública sea más exitosa es que parta de la lectura social que hace la población afectada y considere sus propias propuestas de resolución y su propia incidencia social. Los cambios más transformadores y efectivos son aquellos que parten del dolor, preocupación o agravio del pueblo pobre, sobre todo cuando éste tiene un interés o decisión real por solucionarlos, y cuando se construye un proceso participativo, no una imposición de política social vertical. Es el pueblo el que debe hacer el primer diagnóstico; sus inquietudes para resolverlo deben ser consideradas e incorporadas y se debe partir de su propia organización.

Una política social en el área rural debe contemplar así mismo que trabajará no sólo con la población afectada, sino con una amplia gama de actores sociales que se han solidarizado o tienen la capacidad de hacerlo y echar a andar procesos colectivos, pero no debe imponer sus normatividades. Si ya existen movilizaciones colectivas, éstas deben conocerse, evaluarse, apoyarse y potenciarse. Ya hay un camino andado en muchas agrupaciones civiles o religiosas. Ya existen movimientos sociales que trabajan en todo esto desde hace décadas.

Es bien sabido que es mejor la prevención que la solución de un problema. La política social de desarrollo social debe enfocarse principalmente en la garantía de una vida digna: la posibilidad de contar con insumos vitales como son agua, alimentos (no industrializados, son más sanos y baratos), insumos curativos (muchos de ellos pueden ser naturales, bien administrados), vivienda, caminos, y la producción alimentaria.

Todo esto evitará el desfase entre la esfera social (o sociocultural) y la esfera política. Lo que ustedes implementen debe contemplar adecuadas estructuras de comunicación que no sólo escuchen las demandas de la población rural, sino que busquen, junto con ella, atenderlas y solucionarlas.

Si bien es difícil que nuestro país se aisle del mercado global, la política de desarrollo social debe contemplar en

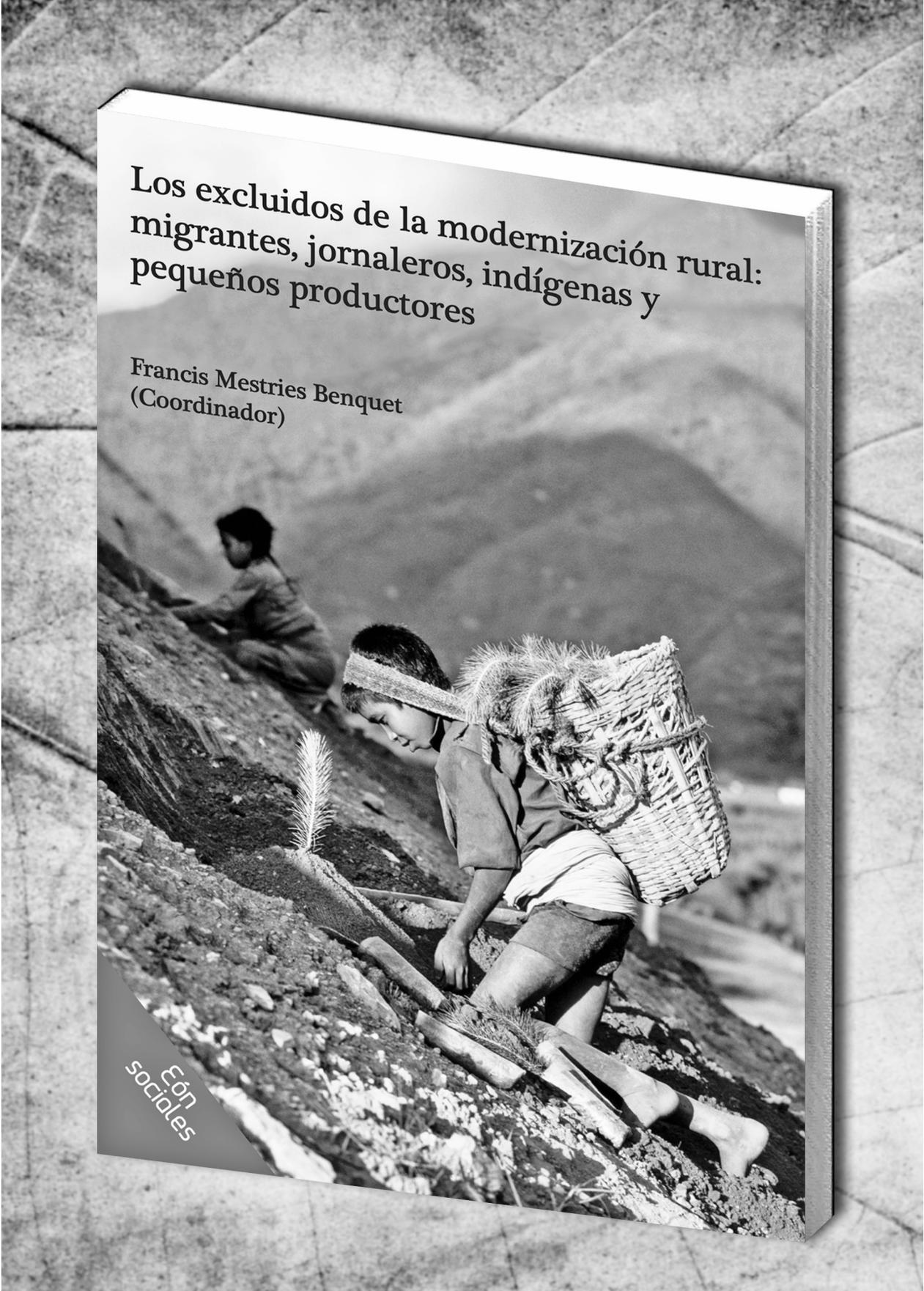
primer lugar el abastecimiento de las zonas productoras para así poder generar suficientes recursos para la población que se dedica a actividades terciarias. En este sentido la autosuficiencia, principalmente en materia alimentaria, es un reto a alcanzar.

Si queremos que la futura historia de nuestro país sea una época de estabilidad social, no deben perder nunca de la mente que la política que rija la modernización del área rural en nuestro país no debe llevar a la pérdida de la legitimidad gubernamental ante el pueblo.

Finalmente, el Estado no puede hacerse de lado ante el desafío del desarrollo rural; no puede dejarlo a la deriva de intereses particulares o a las leyes del libre mercado o la inversión. Tiene una responsabilidad histórica que le da su razón de ser. Pero esta acción debe ser equilibrada, sin un control extremo, sin subsumir a un control férreo a los movimientos y respuestas sociales que se han generado para tal fin. Este es el gran reto que se tiene adelante, uno de los más importantes del siglo XXI.

Bibliografía

- Aboites Aguilar, Luis (2002). "El mundo rural del siglo XX". *Gran Historia de México Ilustrada. El siglo XX mexicano*. México: Planeta de Agostini, Conaculta-INAH, pp. 121-160.
- Ahumada Infante, Aldo (2013). "Transmodernidad: dos proyectos disímiles bajo un mismo concepto". Disponible en <<http://polis.revues.org/8882>>, consultado el 9 de julio de 2014.
- Blanco Rivero, José Javier (2012). "La historia de los conceptos de Reinhart Koselleck: conceptos fundamentales, Sattelzeit, temporalidad histórica". *Politeia*, vol. 35, núm. 49, Universidad de Venezuela (julio-diciembre), pp. 1-33.
- Cahuich Campos, Diana del Rosario (2012). *La calidad de vida y el huerto familiar, desde la percepción ambiental de las familias de X. Mejía, Hopelchén*, tesis para optar por el grado de Doctorado en Ciencias en Ecología y Desarrollo Sustentable, Campeche, El Colegio de la Frontera Sur.
- Cahuich Campos, Martha Beatriz (2013). "El patrimonio cultural familiar sobre la pesca ribereña: los efectos de la urbanización en un barrio de Campeche". *Historia, voces y memoria. Revista del Programa de Historia Oral*, vol. 5 (Buenos Aires), pp. 29-50.
- Cahuich Campos, Martha Beatriz (2008). *Salud popular. Un estudio sobre participación social en salud. México (últimas décadas del siglo XX)*, tesis para optar por el grado de Doctorado en Historia y Etnohistoria, México, ENAH.
- Cahuich Campos, Martha Beatriz y Juan Francisco Escobedo Martínez (2013). "Vulnerabilidad y salvaguarda del patrimonio biocultural: algunos elementos históricos", 9° Congreso Internacional de Mayistas, Campeche.
- Cahuich Campos, Martha Beatriz y Lezlie López Cruz (2006). "Política agraria y alimentación: la historia oral de una comunidad mexicana de jornaleros agrícolas migrantes". *Voces Recobradas. Revista del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires*, año 8, núm. 21 (Buenos Aires).
- Cisneros, B. H. et al. (2000). "Aproximación metodológica para evaluar calidad de vida en comunidades rurales". Daltabuit, G. M. et al. (editores). *Calidad de vida, salud y ambiente*. Cuernavaca: UNAM, CRIM, IIA.
- Dietz, Gunther (1999). *La comunidad purépecha es nuestra fuerza. Etnicidad, cultura y región en movimiento*. Quito: Ediciones Abya-Yala, pp. 147-180.
- Dussel, Enrique (2000). "Europa, modernidad y eurocentrismo". *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires), pp. 41-53.
- Guerra, François-Xavier (2002). "La Revolución Mexicana en una perspectiva secular: las mutaciones del liberalismo". Reina, Leticia y Elisa Servín (coordinadoras). *Crisis, reforma y revolución. México: historias de fin de siglo*. México: Conaculta-INAH, pp. 293-325.
- Huicochea Gómez, Laura et al. (coordinadoras) (2010). *Patrimonio biocultural de Campeche. Experiencias, saberes y prácticas desde la antropología y la historia*. México: Fomix Conacy, Ecosur.
- Illich, Iván (1978). *Némesis médica. La expropiación de la salud*. México: Joaquín Mortiz.
- Menéndez, Eduardo L. (1992). "Modelo hegemónico, Modelo alternativo subordinado, Modelo de autoatención. Caracteres estructurales". Campos, Roberto (compilador). *La antropología médica en México*. México: UAM, Instituto Mora, pp. 97-113.

The book cover features a black and white photograph of a young child, likely a boy, walking up a steep, rocky hillside. The child is carrying a large, woven basket on their back, secured with a headband. The child is looking down at the ground, possibly tending to a small plant or seedling. In the background, another person is visible, also working on the slope. The overall scene conveys a sense of rural labor and hardship.

**Los excluidos de la modernización rural:
migrantes, jornaleros, indígenas y
pequeños productores**

**Francis Mestries Benquet
(Coordinador)**

**Con
sociales**